

# UNA NUEVA CRITICA DE MARTIN FIERRO

Por ENRIQUE DE GANDIA

En algunas partes de América se producen procesos de divinización o de transformación mitológica que convierten a ciertos seres históricos en personajes intocables e indiscutibles. La crítica y aún el más simple comentario que no sea una alabanza inmoderada están prohibidos. El hecho es propio de países donde se hace sentir una dominación intelectual de carácter caudillista. La veneración sagrada que se tributa a algunos mandatarios se traslada a personajes históricos que parecen servirles de fondo o son presentados como precursores. En Europa, por ejemplo, no se venera a Napoleón, a Julio César, a Cromwell o a Iván el Terrible como a figuras que nadie puede discutir. Las obras en favor y en contra de estos y otros muchos personajes son infinitas y sus autores, si los critican duramente, no son perseguidos. Del mismo modo no se acude a actos de fuerza contra los impresores de un libro contrario a Napoleón o a Goethe. Bastan, para deshacer las obras que se supone injustas, las plumas de los buenos escritores. El carácter sagrado que se crea para ciertos héroes históricos se extiende también a héroes imaginarios, de novela o de poema. Tan imposible se hace al crítico censurar un acto censurable de un personaje real elevado a intocable o tabú como comentar estéticamente un poema o una novela en que se refiere las aventuras de otro personaje que nunca ha existido. Hombres históricos y hombres nacidos de la mente de un poeta o novelista se confunden en la misma mitología. El Olimpo americano de los seres reales e irreales se agranda anualmente con algún personaje que lo mismo ha existido o que nunca vió la luz. La fabricación de los héroes históricos y literarios llega, así, a convertirse en una industria nacional. Instituciones especiales los protegen contra los audaces que se atreven a discutirlos o mostrar sus verdaderos méritos. No vamos a referirnos a héroes históricos porque no vemos en ellos defectos apreciables, sino grandes virtudes. Vamos a mostrar, rápidamente, la verdadera imagen del héroe poético y literario que más ha sido decantado en nuestra Argentina.

Con la figura de este héroe se han cometido los más grandes errores, los más grandes confusiones y las más grandes desorientacio-

nes. Infinitos panegiristas rara vez han meditado sobre su verdadera historia. Más aún: podríamos decir que nunca la han conocido o no se han dado exacta cuenta de ella. Hablamos de **Martín Fierro**, el inmortal personaje de José Hernández. Sólo el mencionarlo significa despertar los celos patrióticos de incontables argentinos que ven en peligro el mito de su simbolismo. Nos apresuramos a declarar que consideramos el **Martín Fierro** como el mejor poema campestre de su tiempo y una pieza donde la tradición ha sido bien recogida y es necesario, por tanto, conservar con cuidado, para disponer, siempre, de una hermosa fuente de datos. Su valor folklórico o de sabiduría popular se reduce a repetir algunos refranes, en gran número bien conocidos en el refranero español, y a pintar algunas escenas de las tolдерías de los indios que otros autores han descripto con más valor titerífico y especializado. Todo cuanto se diga es familiar y no vamos a repetirlo. Hernández supo recoger, en dos ocasiones que significaron su inmortalidad, datos que referían la vida en los fortines y entre los indios y las injusticias de los pueblos, donde el comandante y el juez de paz hacían lo que querían. Su héroe principal es un desertor y criminal y lo mismo son desertores y criminales, o cosas peores, los personajes menores de estos dos libros que tanta fama se han dado a sí mismos y a nuestras letras.

El hecho de declarar rotundamente, que la historia de **Martín Fierro** no es una historia colectiva o del personaje llamado pueblo que decide grandes acciones en momentos sin aparente salida, nos hace preguntar, inmediatamente, ¿por qué los jóvenes nacionalistas han tomado como símbolo del gaucho a **Martín Fierro**, desertor de los fortines, donde se cumplía la gran empresa militar, patriótica y nacionalista, de defender el país, ensanchar las fronteras de la tierra e impedir que los salvajes asolasen las más hermosas estancias? ¿Cómo han olvidado que **Martín Fierro**, según su autor, es un buen paisano que se hace desertor y criminal, llevado por las circunstancias, y empieza, por lo tanto, a vivir como gaucho? Indudablemente, quienes conocen su historia y dejan a un lado los refranes dicharacheros para detenerse en el espíritu, en las ideas y en el fervor nacionalista de ese héroe tan criollo, no se dan cuenta que están tratando con un criminal y desertor, de lo más vulgar en aquel tiempo, y no con un hombre que podía haber tenido una misión más gloriosa. El colmo de las confusiones aumenta cuando se habla de **Martín Fierro** como de un gaucho común y se dice que todos los gauchos fueron como **Martín Fierro**. Querer comparar todos los gauchos con **Martín Fierro** es tan erróneo como decir que todos ellos fueron desgraciados con su mujer o se convirtieron en ricos estancieros o se transformaron en buenos militares. La historia de **Martín Fierro** no es la historia de un gaucho típico porque todos los gauchos de la Argentina no fueron primero soldados y luego desertores. **Martín Fierro** es un gaucho desertor y criminal. Los otros gauchos fueron ladrones o simples vagos de las llanuras que no hacían daño a nadie y hasta podían repetir coplas. La verdadera historia del gaucho, sin embargo, nos presenta personajes muy distintos. Cuando un poeta de las pampas recitaba versos y tocaba la guitarra ya no era gaucho. Hemos explicado, en

otras páginas, y lo ha hecho, magistralmente, Emilio A. Coni, que era un gaucho. Los fanáticos del gauchismo, que empiezan por desconocer la verdadera historia de Martín Fierro, dirán que estamos muy equivocados y acudirán a los recursos más bajos, como lo han hecho otras veces, para desacreditarnos, pero como la historia debe ser verdad y la verdad no puede ocultarse, hemos de seguir tranquilos nuestro camino. Los gauchos argentinos no fueron todos desertores ni criminales. Sería insultarlos demasiado. Por otra parte, antes de que se difundiera la medida de enviar a los fortines a todos los vagos de las campañas, criollos, napolitanos, ingleses, etc., también había gauchos. Es preciso llegar a la conclusión de que Martín Fierro no es un tipo genérico, sino un tipo muy personal e individual. En el mismo poema de Hernández, todos los personajes, mayores y menores, son diferentes. Martín Fierro fue paisano, militar, desertor, ladrón y criminal. De sus hijos, uno fué presidiario, injustamente, y el otro sólo anduvo enamorado de una viuda. El viejo Vizcacha era un ladrón de pasos cortos, que lo mismo arriaba una tropilla, que robaba un carnero o el tintero del juzgado. El sargento Cruz fue otro criminal que traicionó la justicia, a la cual servía, pasándose al delincuente al cual buscaba, y prefirió vivir entre los indios antes que andar vestido de milico. Lo mismo ocurre con los otros gauchos o supuestos gauchos que animan el poema. Uno era equilibrista en un circo y, para colmo, resultó ser el propio hijo del sargento Cruz. Más tarde trasladó sus equilibrios al juego de naipes y se hizo famoso como jugador fullero. Robó todo lo que pudo y terminó en la frontera. Los otros personajes, evocados por los cantores, son, también, todos tramposos, ladrones, criminales, etc. El más honrado, noble y de talento, que no tiene una sola culpa en su vida y recibe buena tanda de insultos, es un poeta negro, cantor extraordinario, que supera al mismo Martín Fierro. Este negro cayó al grupo de Fierro, de sus hijos y del hijo del sargento Cruz, todos milagrosamente reunidos, y, para completar el cuadro, se descubrió que era el hermano del negro a quien Fierro había asesinado cuando el pobre infeliz se dirigía inocentemente a un baile. En ningún momento, José Hernández ha querido presentar a los gauchos como personajes sublimes o, simplemente, honrados. Los ha mostrado tal como eran: víctimas del destino y del ambiente y, en consecuencia, sin excepción, ladrones y criminales. Eran dignos de lástima, pero no de admiración. Representaban una clase social de la Argentina: la más pobre, baja, desheredada y delincuente; pero no pueden ser tomados, de ningún modo y en ningún caso, como ejemplos de argentinidad. Los gauchos eran la mínima parte de los argentinos, como hoy en día son también la parte más insignificante y menos representativa del país los pobres delincuentes que llenan las cárceles. Decir que había gauchos malos y gauchos buenos es como decir que había o hay criminales y ladrones buenos y criminales y ladrones malos. Por ello es tan monstruoso y absurdo escribir, como lo hacen algunos mentecatos, que el gaucho es el prototipo de lo argentino. El gaucho representó, como simbolismo filosófico, la anarquía, la independencia individualista más extrema y absoluta. Los nacionalistas de otros tiempos que endiosaron el gaucho para hallar un tipo histórico en que fundar sus ejemplos nacionalistas, co-

metieron el error de elección y de interpretación más exagerado. Partidarios de la sumisión, de la obediencia ciega y de la jerarquía despótica, creyeron que el gaucho era el tipo de soldado preferido por Rosas y por ello lo elevaron y exhibieron como forjador de la Argentina. Esos historiadores no advirtieron que el gaucho representaba, filosóficamente, todo lo contrario: la libertad sin frenos, el individualismo y anarquismo más exagerados. No hacemos, ahora, un estudio de crítica histórica y documental. Basamos nuestras conclusiones en el poema de Hernández. Muchas veces hemos dicho y seguiremos repitiendo, que el poema de Hernández no es un documento histórico. Todo en él es fantasía e imaginación y nada puede probar en el mundo que los verdaderos gauchos hayan hablado como quiso hacerlos hablar el poeta. A lo sumo podría admitirse que en el poema de Hernández viven algunos reflejos de la tradición. Se trata de una novela escrita en verso, a la manera de los viejos romances españoles, con esas ingenuidades, que conoció también Cervantes en **Los Trabajos de Persiles y Sigismunda** y en algunas de sus **Novelas ejemplares**, capaces de hacer reunir en un mismo día y en un mismo rincón del mundo, personajes tan alejados y perdidos en el tiempo como Martín Fierro, sus dos hijos, el hijo de su amigo Cruz y el hermano de un negro asesinado por Fierro en el comienzo de su carrera de desertor. Tantas casualidades hoy hacen sonreír, pero, en otros tiempos, parecían designios del cielo. Hernández escribió para el pueblo, con clara conciencia de que su poema sería recitado por siglos en la Argentina. Advirtió que había hecho simpáticos y dignos de compasión a una serie de bandidos. Además, el poema tenía fines políticos y sociales. Había que criticar el gobierno por la vida que daba a los soldados en los fortines, por los descuidos o abusos de la justicia en la campaña y por el apoyo que prestaba a la inmigración. La mejor manera fué la de levantar a un tipo tan desheredado y ya mitológico como el gaucho. Hacer una historia de gauchos, que en tiempos de Hernández, según sus propias confesiones, ya casi no existían, era mostrar un contraste ejemplar entre los viejos pobladores de los campos y las nuevas generaciones de inmigrantes que llegaban cada semana de Europa. Hernández no era nacionalista; era político. Con sus críticas perseguía a quienes hacían posible ese estado de cosas: desorden administrativo en la campaña, robos y abusos en los fortines, etc. El **Martín Fierro** apareció en 1872. En esa época adquiría cuerpo la gran inmigración europea. Al mismo tiempo los abusos de la autoridad, especialmente en las campañas bonaerenses, no podían ser mayores. Otras plumas de aquel entonces se han referido a ese extraño estado de cosas. El mismo José Manuel Estrada escribió un ensayo gracioso y profundo sobre la ciudad y la campaña. En las ciudades podía haber fraudes electorales, por ejemplo; pero el electo, aunque fraudulentamente, era siempre una persona que podía ser aceptada o considerada un competidor o triunfador verosímil. En la campaña, en cambio, no había miramientos y a menudo aparecían gobernándola individuos totalmente inverosímiles. Hernández reflejó en un poema popular estas verdades; pero, por encima de todo, se refirió a la vida en los fortines. Pocos autores la han estudiado. Los materiales yacen dispersos en los diarios

de aquel tiempo. Las invasiones de indios y las luchas que se llevaban contra ellos podrían reconstruirse si se acudiera a los diarios de aquel entonces y a los materiales que se hallan, olvidados, en los documentos del archivo Mitre. En 1879, Hernández había comprendido algunos de sus errores y en la segunda parte de su poema hizo volver a Fierro a la civilización, arrepentido de su desertión y dispuesto a incorporarse a la vida ciudadana. Fierro, así como no había sido fiel a su patria, pasándose a los indios para no servir en el fortín, tampoco fué fiel a su gaucho y cuando los fortines dejaron de ser necesarios regresó a la civilización. Siete años bastaron a Hernández para hacerle comprender que no convenía dejar a Fierro entre los indios, por el mal ejemplo que ello implicaba, y, además, le dieron la convicción absoluta de que su poema había penetrado para siempre en el alma argentina. La historia del paisano a quien los infortunios de la vida convierten en desertor y criminal, o sea, en gaucho, conmovía a todos los conocedores de ese destino que lleva a los hombres a ser desgraciados. Muchas novelas, por ese tiempo, explotaban argumentos parecidos. Así como hubo un ciclo literario inferior, en Italia y en España, que idealizaba las vidas de bandoleros más o menos famosos y populares, así se desarrolló en la Argentina el ciclo de los gauchos perseguidos por la justicia, heroicos y nobles en medio de sus crímenes y robos, por la sencilla razón, tan agradable a las clases bajas, de que robaban a los ricos para dar a los pobres o eran hijos del pueblo que adquirirían una celebridad —bien triste por cierto— pero, indudablemente, celebridad.

Hernández, en vez de redactar un panfleto político que le trajera persecuciones, imaginó un poema que mostrara las faltas del Gobierno, en la lucha contra los indios, y llamara la atención sobre gaban de Europa y los viejos pobladores que resultaban suplantados. La oposición, que ya se destacaba pujante, entre las gentes que lle-Lo que él no diría en un panfleto lo cantarían sus héroes en un poema. Lo mismo habían hecho, en otras oportunidades, otros poetas. Esos autores, Bartolomé Hidalgo, Hilario Ascasubi y Estanislao del Campo, le sirvieron de modelo. Ninguno de ellos, agregando al propio Hernández, puede ser presentado, por ningún crítico sensato, como modelo del habla típica gauchesca. La manera de hablar de los gauchos se desconoce por completo y sin remedio. Los poemas escritos por los autores que hemos mencionado son obras de espíritu cultísimos. Sus personajes, presentados como gauchos, conocen a fondo los intrincados problemas de la política napoleónica en España y en Europa, la filosofía alemana y los males sociales que afligían a nuestra patria. Con estos conocimientos ningún gaucho podía ser gaucho, sino doctor, como eran los autores que los habían inventado. Los señores de levita, para no comprometerse, disfrazaban sus pensamientos con las palabras de sus gauchos imaginarios. El único personaje con posibilidades de existencia real fué Santos Vega, del pago del Tuyú, cuyo nombre, no obstante, parece surgido de la leyenda y elevado al mito. Y Santos Vega no fué gaucho. Si lo hubiese sido habría vivido lejos de las poblaciones y habría cometido muertes o robos cuya fama no se habría perdido. Fué, en cambio, un eximio cantor, tan eximio que de él no

ha sobrevivido una palabra, fuera de su nombre. Por ello se le admira y se supone que su producción debió ser tan grande. Si de Santos Vega tuviéramos versos bien inspirados, lo compararíamos con otros muchos poetas, de nuestra patria y de otras tierras, y en la comparación, sin duda, el payador criollo saldría perdiendo. Por otra parte, no consta que fuera criollo. El hábito de la payada es de origen vasco. Los bertzolaris o improvisadores de versos que se desafían en público crearon en nuestra patria las típicas payadas. Santos Vega, cuyo monumento hemos inaugurado en el Tuyú, lo mismo pudo ser un español acriollado que un hijo del país.

José Hernández no hizo en ningún instante el elogio del gaucho. Lo elogió en forma indirecta presentándolo como una víctima de los tiempos y de las levas forzadas que se hacían para la frontera. Hernández llamó a su héroe "mi pobre Martín Fierro" y agregó que "es un pobre gaucho". Sus males provenían de "los abusos y todas las desgracias de que es víctima esa clase desheredada de nuestro país". El propósito de Hernández, al componer este poema, en un hotel, fué el de distraerse y presentar un personaje que encarnara las peculiaridades y el carácter de "nuestros gauchos", "con todos los arranques de su altivez, immoderados hasta el crimen". Ese tipo de hombre, "al paso que avanzan las conquistas de la civilización, va perdiéndose por completo". En 1872, el gaucho ya era, pues, algo extraño y fuera de su tiempo. No existía, entonces, la gauchería de imitación de los nuevos don Quijotes gauchescos, que por haber leído unos cuantos poemas escritos por hombres de levita, en sus bufetes de abogados, se disfrazan con prendas que los verdaderos gauchos nunca usaron y se identifican a sí mismos con esos tipos legendarios cuyos originales históricos no conocen ni imaginan. Martín Fierro fué una creación de Hernández; pero éste no inventó un gaucho del tiempo de Rosas ni, menos, del tiempo de Güemes. Pintó un gaucho del 1872, cuando los gauchos eran alistados para defender los fortines y la mayoría desertaba dejando a los gringos en los puestos de combates. La vida errante de Martín Fierro es la prueba más palpable de este género de existencia. Hernández sabía muy bien que el gaucho es por naturaleza anarquista. Por ello le hace decir a su héroe: "Mi gloria es vivir tan libre como el pájaro del cielo". Hernández no ignoraba que a este género de hombres se les consideraba bandidos. Es, ahora, Martín Fierro quien lo confiesa: "Y entiendan la relación — que hace un gaucho perseguido, — que padre y marido ha sido — empeñoso y diligente, — y sin embargo la gente — lo tiene por un bandido". Hernández, por boca de Fierro, recuerda épocas felices; pero los tiempos cambiaron y los gauchos empezaron a gastar la vida "en huír de la autoridad". ¿Qué había ocurrido? Al gaucho se le buscaba para enrolarlo como soldado. "Y que usted quiera o no quiera, —lo mandan a la frontera— o lo echan a un batallón". Los jueces de paz hacían arriadas en montón. En las arriadas hasta caían gringos con un órgano y una mona que bailaba. Fierro se sintió muy incómodo en el cantón. Vivía en una espantosa miseria y en dos años no cobró jamás su sueldo. El Gobierno podía, con la historia de Fierro, enterarse de las irregularidades que se cometían en los fortines. Los indios se presen-

taban, cada tanto, y hacían grandes destrozos. Los horrores de los malones han sido descriptos muchas veces, pero no tantas como es necesario. Hernández hace hablar a Fierro con colorido y precisión. Fierro aprendió a degollar hundiéndole el cuchillo a un hijo de un cacique que, al ver la muerte en la hoja que le brillaba ante sus ojos, “empezó a hacer morisquetas y a mezquinar la garganta”. La muerte fué en justa pelea. Y Fierro siguió sin cobrar. Hernández le hace decir que, cuando preguntó por su sueldo, le contestaron “que no era el tiempo de Rosas, — que ahora a naides se debía...” La afirmación revela a un rosista. Por fin, en cierta ocasión en que el jefe y el juez de paz estaban jugando a la baraja, Fierro, valientemente, huyó del fortín y volvió a sus pagos. Halló el rancho convertido en tapera; la mujer, huída, y los hijos perdidos. Es un cuadro muy triste, que Hernández pinta con talento e indudable emoción. Fierro empezó a andar huyendo. Sin saberlo, fué en busca de mayores desgracias. En un baile vió a un negro que venía con una morena en ancas y “como nunca en la ocasión — por peliar me dió la tranca”. Sin motivo, insultó a la pobre negra, en presencia del negro, llamándola “vaca”. La negra le contestó, en el acto: “Más vaca será su madre”. El provocador había sido Fierro. En vez de callarse, agregó que a los blancos los hacía Dios; a los mulatos, San Pedro, y “los negros hizo el diablo — para tizón del infierno”. Inmediatamente, se dirigió al negro y le dijo: “Por... rudo... que un hombre sea — nunca se enoja por esto”. El negro entendió, con razón, que lo llamaban porrudo y replicó “Más porrudo serás vos — gaucho rotoso...” Los dos hombres se encontraron con los cuchillos en las manos. Fierro, más hábil, hundió el suyo en el vientre del negro. El pobre negro, asesinado sin ninguna culpa de su parte, “tiró unas cuantas patadas — y ya cantó para el carnero. — Nunca me puedo olvidar — de la agonía de aquel negro”.

No queremos indagar el efecto moral que producirá en las juventudes argentinas un libro en que se enseña a matar con tanta tranquilidad. Tampoco queremos indagar qué sentimientos anidaban, en esos momentos, en el corazón de Fierro. Lo increíble es que al acercarse la negra, desesperada y llorosa, bramando como una loba, Fierro, en vez de sentirse cohibido por el crimen que acababa de cometer, pensó “darle una soba a ver si la hacía callar”, pero, por respeto al difunto, no echó esta nueva vergüenza sobre su historia. Al negro lo enterraron envuelto en un cuero, y Fierro se fué a otros pagos, hasta que una tarde, en un boliche, tuvo una pelea con otro gaucho, que hacía alarde de guapo y peleador. Este lo invitó a beber, llamándolo cuñado, y los facones relucieron. Fierro dejó a su rival muerto en el suelo, “mostrando el sebo”. Era el segundo crimen y su tercera muerte. La carrera de gaucho, de Martín Fierro, estaba casi completa. El mismo reconoció que tendría que ir huyendo de la justicia y ser gaucho, “porque el ser gaucho... ¡barajo! — el ser gaucho es un delito”. Nueva prueba, suministrada por José Hernández, de que, en su tiempo el ser gaucho era un delito.

Había gauchos mamaos, ladrones, matreros y de otra naturaleza. Hernández, por boca de Fierro, expresa que a los gauchos sólo

se les utilizaba para votar. Cuando no existía el voto libre y secreto, se hacía votar a la fuerza, por determinados candidatos, a todas esas personas que no estaban en condiciones de oponerse a la violencia. En general, las campanas de los pobres eran campanas de palo. La palabra gaucho, indudablemente, era siempre un insulto. El que aguantaba era "gaucho bruto"; el que no aguantaba, "gaucho malo". El pobre Fierro era de todo: gaucho malo, bruto, ladrón, criminal, etcétera. Cuando la partida fué a prenderlo, uno de ella le dijo: "Vos sos un gaucho matrero". El infeliz terminó en la punta del cuchillo, "lo mismo que una sardina". Las muertes cometidas por Fierro alcanzaron, en ese momento, a cuatro; pero pronto se elevaron a seis. Unos milicos huyeron y entonces el sargento, de apellido Cruz, dió orden de no seguir combatiendo a un valiente. Dos policías lo atropellaron y él mató a uno. Cruz había perdido a su china en brazos de un comandante y había matado al asistente. Más tarde, para desquitarse de su desgracia, había sacado las tripas a un guitarrero. Por último se había hecho policía y lo habían nombrado sargento. En el país quedaban pocos criollos. Hernández hace decir a Cruz "que en mi pago — ya no va quedando un criollo; — se los ha tragado el hoyo — o juido o muerto en la guerra". Los gringos hablaban de llevar la frontera cada vez más afuera, de trazar ferrocarriles, abrir caminos y otros proyectos. Los criollos no entendían de estas cosas. No es extraño que Fierro y Cruz, criminales por voluntad del destino, víctimas de su ambiente y de su formación social, prefirieran irse a vivir entre los indios, adonde, por suerte, "no alcanza — la facultad del gobierno". Había que cruzar el desierto, cavar para beber y pasar mil privaciones; pero nada importaba. La vida civilizada ofrecía tantos dolores y tantas injusticias que era preferible vivir entre los salvajes. Arriaron una tropilla de una estancia, como último robo, miraron las poblaciones que se perdían a lo lejos y entraron en el desierto.

Dos criollos, dos argentinos, que abandonaron la Argentina para refugiarse entre los indios. Es la crítica más dura que jamás se ha hecho a gobierno alguno. Todo por culpa de la sociedad que volvía a los hombres malos. La vida en los fortines era muy cruel; las injusticias con los soldados no podían ser mayores, la policía cometía infinitas arbitrariedades, las preferencias se daban a los extranjeros y los criollos, tímidos, quedaban cada vez más relegados al olvido. Todos estos males eran bien conocidos; pero nadie los contaba. Hernández prefirió decirlos en verso. Entró, así, en el ciclo de los argumentos de bandidos que se hacen simpáticos por su nobleza. Desde Fra Diavolo, históricamente reconocido como bandido de primer orden, hasta los otros bandidos de la Calabria y de la Sierra Morena, había abundantes ejemplos. Es posible, según indicios dados a conocer por nosotros, que el mismo Juan Cuello, popularizado por novelas muy leídas en su tiempo, sea un unitario perseguido por Rosas. Su nombre de Juan Cuello no pasaría de ser un pseudónimo. A veces había detrás de un bandido un gran señor o un pobre hombre víctima de la injusticia. En la Argentina no se ha estudiado todavía el ciclo de las historias —en prosa y en verso— de los bandidos de la Pampa. Los profesores de literatura, con su estética simplista, han enseñado

a rastrear el paisaje en los orígenes de nuestras letras, a buscar las referencias a los negros o enumerar las imágenes contenidas en un volumen. No han sabido ir a fondo en las concepciones que inspiraron tantos argumentos y se detienen en la descripción de trajes o costumbres sin penetrar en el alma de quienes los usan o las viven. Por otra parte, se ha llamado literatura gauchesca a una literatura de abogados y oficinistas y se ha dividido la producción poética y novelesca sin advertir que se trata de una misma concepción ideológica, de unos mismos ideales y de unos mismos argumentos expresados lo mismo en prosa que en verso. Las clasificaciones escolares han impedido ver la realidad del conjunto literario que un día comenzó en la Argentina a inspirarse en las nostalgias de bandidos pasados a la leyenda. Hernández, después de haber escrito la historia de un desertor, sintió las críticas de sus contemporáneos —perfectamente desconocidas a todos sus comentaristas— y comprendió que debía hacer la defensa y regeneración de su personaje ya convertido en héroe popular, bien del agrado de esos lectores de almacén, canchas de bochas, peringundines, conventillos y ranchos aislados. No era posible que un desertor siguiera impenitente entre los indios. Martín Fierro volvió del desierto, como dormido. Por su boca, Hernández confiesa que “es pecado cometido — el decir ciertas verdades”. Había hecho simpático, a ciertas gentes, a un criminal y desertor y esto no había agradado en otras capas sociales. Por ello era preciso un arrepentimiento. En vez de arrepentirse Hernández, públicamente, se arrepintió Martín Fierro. El viejo proverbio que dice segundas partes nunca fueron buenas, está confirmado en detalles de forma, mas no de calidad. Posiblemente la historia habría quedado más bella con el criminal y desertor que busca su refugio y su castigo entre los indios. El misterio de su fin habría llevado a Fierro a las nubes y al mito. En cambio, volvió a trabajar, como un vulgar arrepentido, a reconocer que “el campo es del inorante; — el pueblo del hombre estruído”. Según sus palabras, él y Cruz atravesaron el desierto como forajidos, dejando a sus hijos abandonados y a la mujer en brazos de otro. Tuvieron la desgracia de no encontrar entre los indios la acogida que esperaban. Otros cristianos habían tenido, en efecto, más suerte. Conocidos es el caso de Baigorria que llegó a cacique. Los indios desconfiaron de ellos y los tuvieron dos años prisioneros, sin dejarlos hablar entre sí. Era más duro soportar la vida que pensar en la muerte. Los indios asaltaban las poblaciones y se llevaban todo lo que encontraban. “No se llevan al gobierno — porque no lo hallan a mano”. Pero, por suerte, todo había terminado y, por ello, tal vez, Fierro volvía a la civilización. Los indios habían sido batidos y arrojados muy lejos. El gobierno había triunfado sobre los salvajes. José Hernández aparece dando satisfacciones a sus críticos, a la sociedad en que vivía y a todos los curiosos. Este es el defecto de la segunda parte de su poema. Hernández tiene que hacer descripciones y esfuerzos enormes para satisfacer a medio mundo. Fierro vuelve arrepentido hasta de no haber sabido una oración para ayudar a bien morir a Cruz. Cuenta la vida de los indígenas, penetrando en detalles que los etnólogos han despreciado o desconocido y que tienen, por cierto, muy

gran valor histórico. Sus dos hijos se le aparecen como por encanto y, en el mismo momento, caen a ese rodeo familiar nada menos que el hijo del sargento Cruz y el hermano del moreno asesinado por Fierro. No falta nadie y esto puede satisfacer la curiosidad de los lectores de fonda, pero no es un acierto novelesco. Demasiada casualidad y demasiada falta de misterio. La claudicación literaria de Hernández lo lleva a contar la vida de cada uno de esos personajes. Todos fueron, en mayor o menor grado, ladrones y criminales. El único sano, ya lo dijimos, es el negro. Los indios, en cambio, eran los seres más inhumanos, inmundos y despreciables de la creación. Los nacionalistas e indigenistas que a veces pierden tiempo en evocaciones de carnaval no debe olvidarse que José Hernández y su héroe Martín Fierro son los enemigos más grandes que tuvo el indio en la Argentina y quienes dijeron de él las mayores acusaciones. Hernández, repetimos, es el argentino que más atacó a ese indio capaz de degollar una niñita y tirarla a los perros, de destripar a un niño y, con sus tripas, atar las manos a una madre para golpearla mejor, etc., y, también, el que pintó más crudamente los tipos más característicos de lo que entonces se llamaba gaucho. Fierro, que había cometido algunas muertes injustas, mató a un indio en franca pelea, caballerosamente. Es la única muerte que merece aplauso. Hernández se la hace cometer para elevar un poco su nobleza. Del mismo modo le hace decir que, si vuelve a la civilización, es porque entre el infierno del gobierno y el infierno de los indios, profiere al primero, el de la frontera. Fierro estaba domado: había pasado tres años en los fortines, dos años como "gaucho matrero" y cinco entre los indios. Sus hijos también habían sufrido y se mostraban dispuestos a emprender una nueva vida. El mal del momento ya no eran los indios; era la falta de libertad en las elecciones. Hernández hace unas críticas exactas a la forma arbitraria en que entonces se obligaba a votar al pueblo. El que no votaba por determinado candidato era enviado a la frontera. Los llamados gauchos eran los más vejados. Todos ellos andaban como los bueyes; arando para que otros comiesen. El gaucho era tratado a palos en lo civil y a sable en lo militar. "El gaucho no es argentino — sino para hacerlo matar". No sabemos si los negros eran también gauchos o no lo eran. Es un punto que los ingenuos gauchófilos de nuestro tiempo no han aclarado. Sarmiento, lo mismo que Tomás de Iriarte y los autores más destacados de la época de Hernández, llamaba gauchos a los bandidos o a quienes hacían vida de tales y decía, por ejemplo, que en un lugar se encontró con gauchos ingleses o de otras naciones. El caso del negro tan hermosamente pintado por Hernández plantea una interrogante. Su vida sólo se distingue de la de Martín Fierro en que no es conocida en sus pormenores biográficos y aparece como la más honrada de todas las que desfilan por el poema. No obstante era un payador: el más fino y profundo de los payadores inventados por Hernández. Sus respuestas, cuando explica cuál es el canto de la noche, del día, del mar, de la tierra, etc., son de una originalidad y de una dulzura extraordinarias. Recuerdan el soplo de los primitivos romances españoles. Nadie habla, como él, con tanta sabiduría, con tanta humildad y, al mismo tiempo,

nobleza, y con tan amplio y elevado sentido poético. Es el único que debe conformarse, que no recibe justicia por la muerte de su hermano y pasa como la sombra de un alma de oro. El negro cantor, hermano del otro negro asesinado por Fierro, encierra en sus palabras los versos más bellos que escribió Hernández; pero, socialmente y etnológicamente, aún no sabemos si era gaucho o no lo era. Por su vida honesta, libre de crímenes y robos, no debía serlo, mas por su existencia paralela a la de los otros gauchos, le correspondía esa designación. No obstante, ni Hernández ni ningún gauchófilo moderno ha hablado de ese gaucho negro, olvidado, por su color, en todas las listas de gauchos elevados a símbolos. Así como es preciso pintar en el cielo angelitos negros, hay que colocar en el Olimpo de nuestra Pampa algunos gauchos negros. Los odios raciales han sembrado injusticias hasta entre nuestros gauchos. El moreno de Hernández es el único que tiene un sentido hondo de las diferencias sociales y dice que "la ley se hace para todos, — mas solo al pobre le rige".

El poema de Hernández es, como muchos grandes poemas, un poema del destino. Cada cual debía seguir en la huella en que se encontraba. El poeta contó unas vidas, las más tristes de su tiempo, para mostrar defectos sociales. Había injusticias y era necesario repararlas. Nada se hizo en aquel tiempo para aliviar aquellos males. El bienestar venía con la civilización, con el trabajo, que importaban los inmigrantes. Ellos asimilaban al criollo, especialmente a las mujeres criollas, y daban nuevos hijos a la patria que pronto se olvidaban de la nacionalidad de sus padres e inocentemente se creían gauchos porque sembraban unas lechugas o cuidaban unas vacas. Hernández hace perder a Martín Fierro y a sus hijos en la inmensidad de la Argentina para que todos sus habitantes puedan creerse, algún día, sus descendientes y nadie sepa dónde fueron ni qué nombre nuevo adoptaron. Antes de separarse resolvieron cambiar de apellido. Muy famosa se había hecho su historia y no querían arrastrar consigo la triste gloria de sus deserciones, crímenes e infinitos sufrimientos. Además, el gaucho se iba a transformar. Ya no había ni debía haber gauchos. "Debe el gaucho tener casa, — escuela, iglesia y derechos". Es la última deserción del gaucho: su entrada en la civilización. Primero se alejó de los indios y luego de su andar errante. Fierro comprendió que no era posible seguir viviendo como gaucho, es decir, lejos de las ciudades, en pugna con la autoridad, matando y huyendo siempre. La vida se hacía cruel, llena de sinsabores terribles y los años demostraban que para vivir tranquilo era necesario acostumbrarse a la vida ciudadana, tener una cultura y ser religioso. Hernández señaló los males sociales de su tiempo y aconsejó a la gente de campo, candidata a gaucha, civilizarse cada vez más. En ningún momento Hernández hace el elogio del gaucho ni le reconoce más buenas cualidades que su valor y su resistencia para el sufrimiento. Quienes presentan a Hernández como panegirista del gaucho cometen una falsedad y quienes presentan al gaucho como prototipo de lo argentino hacen una injusticia histórica enorme, sin parangón y errónea en todos los aspectos. Hoy está perfectamente demostrado que, desde el punto de vista histórico crítico, el gaucho es siempre un delinciente y

el elemento más bajo, moralmente, del pueblo argentino. Faltaba demostrar que, en el mismo poema de Hernández, desde el punto de vista literario, el gaucho no varía de lo que revelan los documentos. Hernández, considerado el más grande conocedor de los gauchos de su tiempo, escribió la historia de un desertor y criminal y de otros desertores, ladrones y criminales menores: todos gauchos. No hay contradicción entre los archivos y las imaginaciones de los poetas cuando los poetas son verídicos y describen, realmente, lo que ellos vieron o supieron. No pueden tenerse en cuenta, como es natural, las poesías modernas, de imitadores líricos o fanáticos que hablan de lo que ignoran e ignoran lo que hablan. El estudio del gaucho, en manos de los llamados tradicionalistas, disfrazados de carnaval para espectáculos al aire libre, guitarreros de radios populares o círculos nativistas, no sólo hace un gran daño a la cultura, sino al sentido auténticamente nacionalista y argentinista. El estudio del gaucho no debe encararse con firmes polémicos, de carácter personal, o para fundar teorías históricas que son verdaderas traiciones a los ideales que fundaron nuestra patria. El gaucho debe ser estudiado como uno de los tantos elementos que constituyeron la sociedad de nuestro país a lo largo de cuatro siglos. Hablar del gaucho en general es como cuando ciertos profesores o aficionados a la historia medieval hablan de la Edad Media sin expedificar a qué siglo y a qué país se refieren. El gaucho desertor descrito por Hernández es un gaucho o simple desertor y criminal del 1870. No es el gaucho de su misma época, pues el propio Hernández describe otros muchos tipos de gauchos y, menos, es el gaucho de siglos anteriores y de otras partes del país. Martín Fierro, repetimos y sintetizamos, no es un gaucho típico ni ejemplar. Es un gaucho que fué desertor y no tiene ningún punto de contacto con todos los otros gauchos del país. Es una biografía, no es un ejemplo. Una estatua de Martín Fierro sería una estatua de un criminal y desertor, víctima del destino; pero hombre indiscutiblemente fuera de la ley. Una estatua al gaucho sería un homenaje al anarquista práctico, al hombre blanco que luchó contra el indio, negó el sentido de la argentinidad y se declaró libre de toda sujeción, aún la más liberal, para vivir infinitamente libre en la inmensidad de la llanura. El gaucho en general, sin disminuirlo a biografías particulares, es el habitante indómito de la llanura, tanto en lucha con el salvaje como con el hombre civilizado. Es el hombre de la tercera cultura, que no tiene relación con el indio ni con el pueblerino. Es el delincuente, idealista inconsciente, que hace de su delincuencia una manera de vida simbólica típicamente americana, que no se encuentra en ningún otro país y sólo puede paragonarse, en algunos aspectos, a la de los bandidos del Sur de Italia, Córcega, Sierra Morena, etc. Este paralelo es sumamente impropio, pero puede admitirse como ejemplo de hombres que viven en huida constante frente a la autoridad. El gaucho es único en el mundo porque no hubo otra Pampa sobre la tierra con elementos culturales comparables. Hay que estudiar al gaucho en los testimonios de los viajeros, en los poemas, con sentido crítico, y en los documentos; no con fines carnavalescos, embusteros, políticos o personales. El enaltecimiento del gaucho es signo de la ignorancia del ambiente en

que se comenzó a glorificarlo. Piénsese que Hernández fué el detractor más grande que tuvo el gaucho, aunque su poema lo compadezca y lo presente como una víctima de su tiempo. El gaucho no debe ser denigrado, como no deben serlo, tampoco, los seres a quienes la vida ha hecho infelices y cubierto de desgracias. Debe ser estudiado como lo es el indio, el conquistador, el comerciante, el religioso, el hereje, etc.; no como un tipo que domine a todos los otros elementos de la sociedad humana. Repetimos que no es un ser exclusivo, ejemplar, sino corriente, ínfimo en la escala social, y múltiple en sus representaciones, pues puede ser blanco, negro, mestizo, etc., y lo mismo puede ser desertor y criminal, como Martín Fierro, que matrero, ladrón de pilchas viejas, jugador fullero, etc. Gaucho era un insulto, muy grave, y se aplicaba por igual a quienes eran gauchos y a quienes no lo eran, pero vivían con buenos malandrines. Por ello el mismo Hernández se confunde y habla de gauchos que en realidad nunca fueron gauchos. Los hijos de Martín Fierro no fueron gauchos típicos. El hijo de Cruz, equilibrista en un circo y luego jugador tramposo, tampoco era ni podía ser gaucho. En su poema, Hernández cantó vidas tristes, víctimas de un ambiente social tan antiguo como el descubrimiento de América y la conquista de nuestras tierras y tan lleno de misterios como todo grupo de hombres donde imperan la fuerza y la injusticia y donde la miseria hunde ilusiones y levanta rebeldías. Por ello, Martín Fierro no fué ni pudo ser nacionalista. La idea de nación y de patria no la tuvo Martín Fierro como no la tuvo ningún gaucho ni ningún pregaucho del tiempo de la colonia. Los polemistas que salgan con la perogrullada de recordar los gauchos de Pueyrredón en Perdriel y de Güemes en Salta pueden empezar por ir a la escuela, a aprender las primeras letras, pues en Perdriel no hubo un solo gaucho ni fueron tampoco gauchos, sino buenos paisanos y jóvenes de Salta, los valientes que secundaron a Güemes. La historia de la chacra de Perdriel ha comenzado a escribirse sólo ahora. Con nuestras demostraciones críticas, todo lo que se ha atribuído a Pueyrredón puede arrojarse al canasto de los cuentos y embustes. El problema del gaucho es un problema histórico y documental que debe ser ahondado con serenidad y con auténticos conocimientos sociológicos de nuestra tierra. Sólo así surgirá límpida la figura de esos seres desgraciados de la pobreza pampeana que andaban errantes por la llanura y cuya única gloria fué la de ver inmenso y solitario el desierto, sólo cruzado por alguna carreta lejana y por los malones terroríficos, que no sabían de piedad ni de tregua, en aquella lucha de la civilización contra la barbarie de donde se levantó una Argentina sin indios y sin gauchos, con argentinos blancos, nacidos de inmigrantes europeos, hoy orgullo de la humanidad.